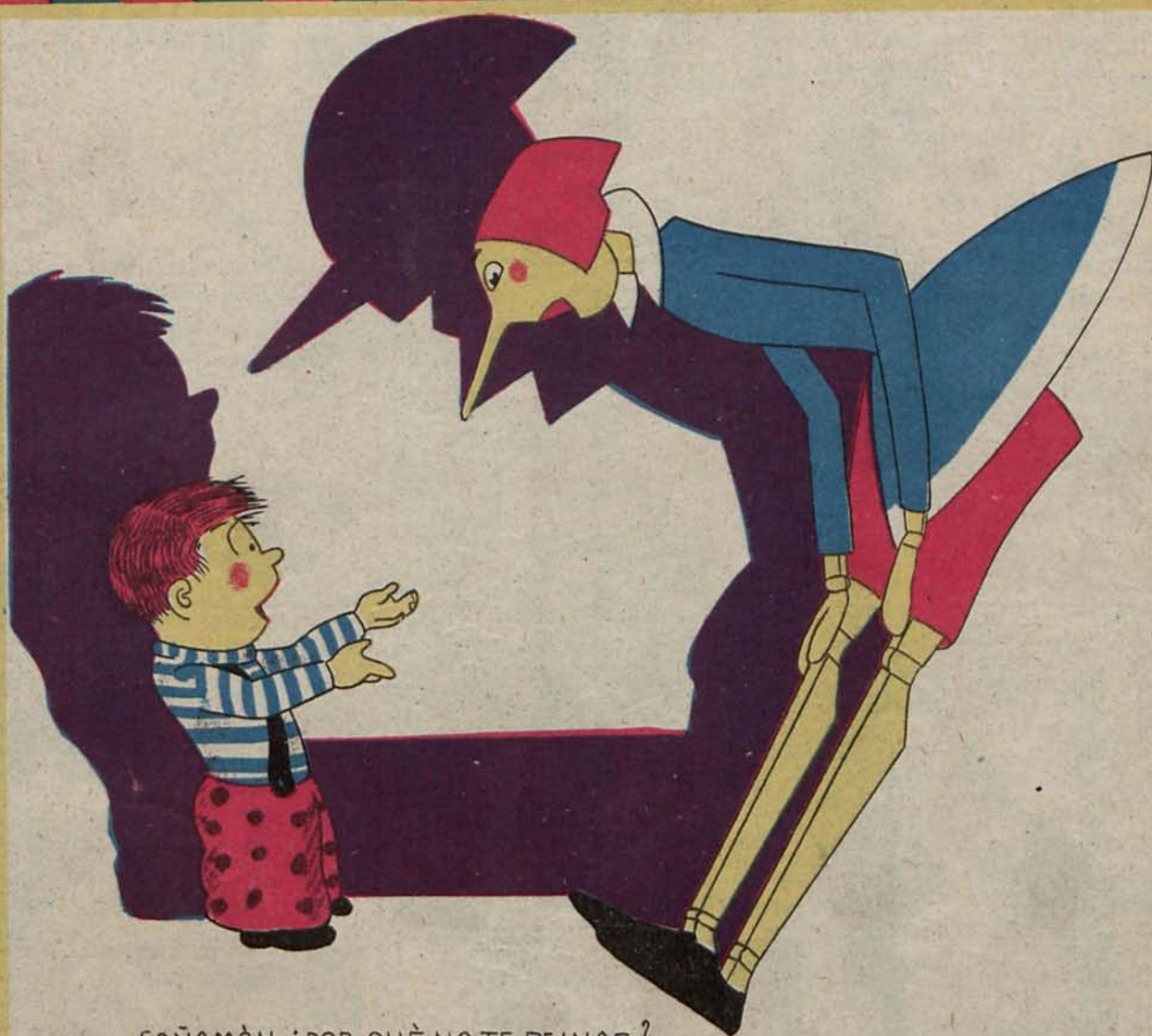


PINOCHO

AÑO. III
NUM. 147

25 cts

11 DICIEMBRE
1927

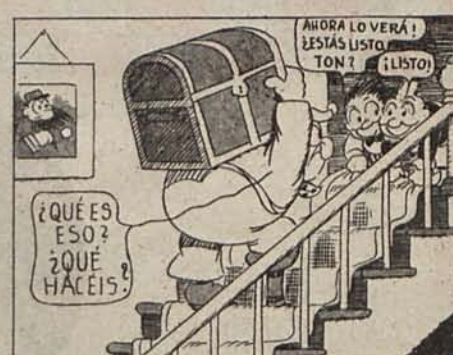


CAÑAMÒN, ¿POR QUÈ NO TE PEINAS?
¡PORQUE NO TENGO PEINE!
¿Y COMO NO DICES QUE TE COMPREN UNO?
¡PORQUE ENTONCES TENDRIA QUE PEINARME!

PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.-ADMINISTRACIÓN, CIERRE Y TALLERES: S. SEBASTIÁN.-ADMINISTRACIÓN, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID, CALLE DE VALENCIA 28, APARTADO 447.-SUSCRICIÓN: ESPAÑA Y AMÉRICA, AÑO 13 PTS. OTROS PAÍSES AÑO 23 PTS.

La Tormenta y el Ciclón o Hazañas de Tin y Tón



LA BALLENERA

CUENTO POR EMILIO SALGARÍ



AS ballenas! ¿Qué asombro os habrá producido, mis jóvenes lectores, la vista del esqueleto de uno de esos gigantes de los mares, esqueletos que pueden verse en ciertos museos zoológicos?

Me figuro que os habréis preguntado muchas veces delante de aquellos inmensos esqueletos, provistos de enormes costillas y mandíbulas de varios metros de longitud, qué efecto debían producir aquellos mamíferos colosales revestidos de piel y carne, nadando en los océanos sin límites.

Por esto os quiero hablar hoy de estos gigantes de los mares y narraros algunas aventuras sucedidas a los pescadores de ballenas.

No os asombraréis, seguramente, al oír hablar de pescadores de ballenas, porque supongo que habréis leído en diversos libros que existen hombres con audacia suficiente para afrontar y matar a aquellos monstruos.

Empezaré por deciros que si bien las ballenas no son tan numerosas como hace dos o trescientos años, todavía hoy se encuentran muchos ejemplares de ellas, especialmente en los mares glaciales del Polo Ártico y del Antártico.

Todas tienen dimensiones enormes, rebasando a menudo los veinte metros de longitud, con un peso que puede variar de setenta mil a ochenta mil kilogramos.

Tienen la forma de un huso, que termina por una parte en una cabezota grandísima, provista de una boca de tres metros de largo por cuatro de ancho, con la mandíbula superior cubierta de una especie de dientes de cinco metros de longitud, algo curvos, generalmente variados y en número de setecientos.

Éstos son lo que se llaman vulgarmente ballenas, y sirven para montar los corsés y sombreros de lujo.

El otro extremo del huso termina en una cola provista de dos aletas de una potencia incalculable, de tres metros de largo y dos de ancho, que imprimen a la ballena una velocidad

capaz de dar la vuelta al mundo en quince o veinte días.

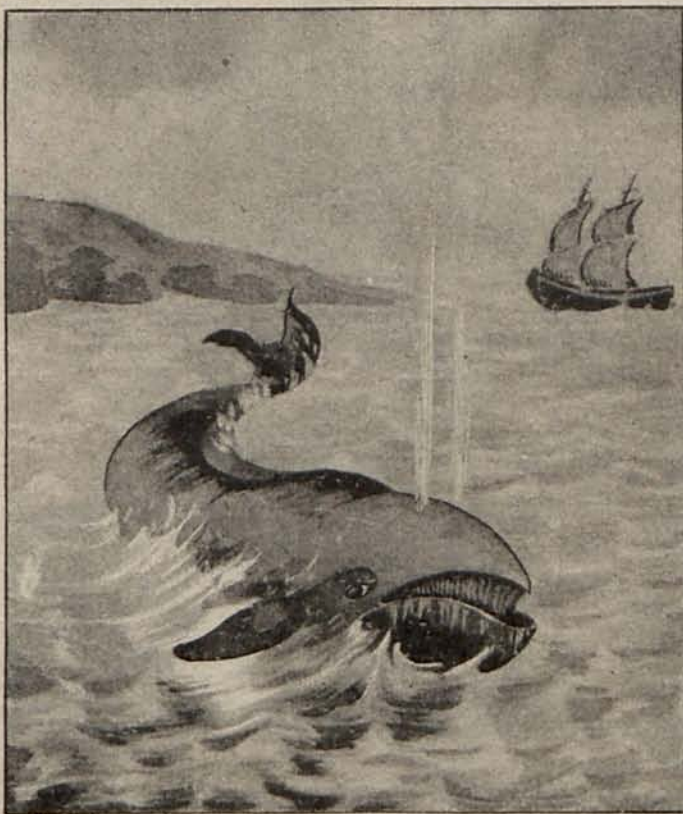
Se persigue a estos gigantes para extraerles la grasa, que se transforma en aceite. De algunas ballenas se llega a obtener doscientos barriles, por valor de ocho o diez mil pesetas.

Al comienzo de la buena estación, en mayo o junio, o sea cuando el Océano Ártico empieza a limpiarse de los hielos que lo cubren durante los meses de invierno, los barcos balleneros zarpan de Noruega y van en busca de los grandes mamíferos a las costas de Spitzberg o a las de Nueva Zembla.

Estos barcos no son grandes, pues no tienen más que dos-

cientas cincuenta o trescientas toneladas; pero van tripulados por hombres audaces, acostumbrados de largo tiempo a aquella peligrosísima pesca, lo mismo que a las terribles tempestades que trastornan a menudo el Océano Ártico.

Ahora que sabéis lo que son las ballenas y las balleneras, quisiera contaros algunas afortunadas pescas que me fueron relatadas por un capitán con quien trabé amistad durante uno de mis viajes a Noruega.



Más allá del Cabo Norte, la punta más septentrional de Europa, a lo largo de las cos-

tas de Laponia, se abre un canal muy profundo, o *fiord*, como le llaman los noruegos, que hoy se ha hecho famosísimo a causa de las ballenas.

En una pequeña isla que surge casi a la entrada de aquel tortuoso golfo, hace algunos años se han reunido los más célebres pescadores de ballenas, bajo la dirección de un famoso capitán, que se llama Fayn.

En aquel pedazo de tierra, que hace unos cuantos años no contaba ni siquiera diez habitantes, se encuentran ahora edificios inmensos, una multitud de obreros y centenares de hombres de mar. Máquinas resoplates silban o rugen de mañana a noche moviendo pilones enormes, mientras docenas de chimeneas altísimas vomitan nubarrones de humo.



A lo largo de la costa, numerosas naves van y vienen remolcando masas enormes, que no son otra cosa que las ballenas muertas en el Océano Ártico y arrastradas hacia aquel canal.

En aquella isla se descuartizan los gigantes del mar.

La grasa arrancada de aquellos cuerpos monstruosos se funde en calderas mastodónticas para extraer el aceite, que más tarde servirá para lubricar máquinas; los huesos triturados por los pilones darán el negro de humo, y la carne, sepultada en fosas, se transforma en un excelente abono, destinado a los campos de Noruega y Dinamarca.

De aquella isla todos los años parte la flota de los pescadores de ballenas.

En dichos días hay una confusión enorme en toda la costa. Barcos de vela y vapores completan sus provisiones, embarcan sus tripulantes, ya elegidos desde hace tiempo, y en seguida marchan a la ventura a arrostrar hielos y vientos polares con tal de volver con alguna gran ballena a remolque.

No todos aquellos pescadores pescan a los gigantes del mar del mismo modo.

Los veleros emplean aún los botes balleneros y los arpones; las vapores llevan, en cambio, unos cañoncitos que lanzan dardos o balas llenas de estricnina, substancia muy venenosa que mata quizá mejor que las granadas y demás medios guerreros.

Ed 1884, uno de aquellos barcos había salido del golfo para ir a explorar las aguas de Spitzberg, que, según decían, estaban frecuentadas por las ballenas.

Lo mandaba el capitán amigo mío, muy experto en materias de pesca y que había arrostrado muchas veces los hielos y las tormentas del Océano Ártico y también a los gigantes del mar.

El barco era un pequeño velero de trescientas toneladas, tripulado por veinte intrépidos hombres, provisto de tres botes balleneros.

Llevaban víveres para diez meses, y, por lo tanto, podía avanzar hacia el Norte para ir en busca de las ballenas, que suelen retirarse a las regiones más frías.

La navegación había sido felicísima, no obstante los vientos

fríos y los hielos encontrados en las cercanías del Cabo Norte.

A mediados de junio el barco llegaba a la vista de Spitzberg, grupo de islas de extensión considerable que se encuentra en medio del Océano Ártico. Esas islas están pobladas solamente de osos blancos, focas y aves marinas.

El capitán Svatt, que así se llamaba mi amigo, había estado ya otras veces en aquellos parajes y conocía al dedillo las costas de aquellas tierras, y, por lo tanto, su primer cuidado fué el de dirigirse hacia una bahía muy amplia que suponía frecuentada por las ballenas.

Sus sospechas se confirmaron, porque precisamente en la

entrada de la bahía sus marineros vieron en seguida en la superficie del agua grandes manchas oleaginosas, que indicaban el paso reciente de los grandes cetáceos, y observaron, además, la presencia de bancos inmensos de langostinos de mar, alimento predilecto de las ballenas.

—Muchachos —dijo, volviéndose a los marineros—, pronto tendremos tarea.

El arponero jefe, un muchachote robusto como un Hércules, que había arrojado el arpón a muchos cetáceos, se había adelantado, diciendo:

—Capitán, si mis ojos no me engañan, he descubierto ya una ballena, y me parece que va con un ballenato.

—¿Ya la has descubierto,

Klass? —preguntó el capitán, asombrado.

—Acabo de bajar de la verga del palo mayor. El cetáceo se ha escondido detrás del promontorio septentrional y pronto le encontraremos.

—Si va acompañado de un ballenato, la cosa se pone seria —murmuró el capitán—. Cuando tienen que defender a su prole, las ballenas se convierten en fieras.

Subió a la verga del palo mayor, en donde estaba colocado un potente anteojo, y antes de dar la orden de armar las chalupas exploró por largo tiempo el horizonte.

Al Norte de la bahía extendiase un promontorio muy agudo, que terminaba en una serie de islotes rocosos cubiertos aún de fragmentos de hielo.



(Continuará en el número próximo.)

LAURA
LA
COTORRA
INDISCRETA

¡QUE APARATO MAS MALO! ¡ESTO ES UNA ENGARIFA!



?



¡ESTO ES UNA ENGARIFA!



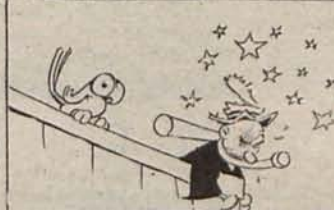
¡ME VOY A VER EL MATCH DE BOXEO!



¡PÉREZ, VENCIDO! ¡LOPEZ, VENCEDOR!



¡ESTO ES UNA ENGARIFA!



PACO MORRONGUIS, EL GATO TRAVIESO

¡EH! AMIGO ESE RUMBO NO ES EL DE AMERICA.



¡YA NO VOY A AMERICA! ¡QUIERO ATERRI- ZAR EN INGLA- TERRA!



¡CON ESTA VELOCIDAD LLEGARÉ EN SEGUIDA A LAS ISLAS BRITANICAS!



¡AHÍ HAY UNA, A LA VISTA!



¡ATERRIZA- RÉ EN ELLA PARA LIMPIAR EL DIRIGIBLE!



¡SI ES UNA BALLENA!



¡AUXILIO!



?

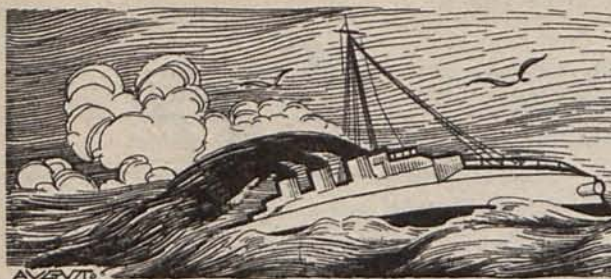


¡PUES NO ME HA HECHO A MI FALTA LIMPIAR EL DIRIGIBLE!



¡ME PARECE QUE AQUELLO QUE SE VE ALLÍ SON LAS COSTAS DE CARABAM- CHEL ALTO!





EL TORPEDERO DE PRESA

Por A. M. GIANELLA

(Continuación.)

—Guiado por este pensamiento, señor Chicottry, he reunido todos los datos precisos acerca de mi enemigo he seguido de lejos constantemente sus huellas, con la ayuda de cien cómplices diversos; he estado veinte veces a punto de capturarlo, de ver su rostro cerca del mío, de satisfacer mi sed de sangre, y siempre aquel demonio se me ha escapado, siempre he llegado tarde, hasta de un minuto solamente, pero que era lo suficiente para salvarle. He estudiado las facciones de su rostro sobre este retrato, adquirido a precio de oro, de un agente de la policía inglesa de la India, y ahora cualquier disfraz que adopte es inútil, porque le presiento y le adivino bajo la más complicada y sabia transformación. Ha venido a Francia, yo he venido detrás de él; ha estado un mes en París, estoy seguro de ello. ¿Para qué? Lo ignoro; pero si hasta ahora se me ha escapado, por fin le tengo en mis manos. Ha tomado pasaje en el *Octavia* a nombre de Germán Vernet y no sospecha de nadie; le encontrará a bordo, le detendrá y quiero que sepa en seguida que soy yo quien le lleva de nuevo a purdirse en el fondo de un calabozo, yo...

—Usted...

—Yo, el *arung* Sudharah.

El agente Chicottry que no conocía, como nosotros conocemos, la existencia de aquel hombre, conservó su impasibilidad.

—Querido señor Sudharah —le dijo— deseo que la detención de nuestro célebre criminal se lleve a cabo pronto y felizmente para su satisfacción y, sobre todo, por los sagrados derechos de la justicia humana. Si me lo permite, voy a prepararlo todo.

Y el policía francés salió de nuevo.

Mientras vuelve, creemos oportuno aclarar un poco algunos hechos citados por el tenaz y vengativo malayo.

¿Había estado realmente en París Rodolfo de Barenval?

Y en tal caso, ¿por qué imperioso motivo se había metido en una empresa tan arriesgada que podía serle fatal?

A esta segunda interrogación no podemos contestar por no haber logrado penetrar todavía en el secreto de tal misterioso viaje; pero es de esperar que los futuros acontecimientos nos darán la clave de ello.

En cuanto a la primera... sí, en efecto, el ex recluso de Nou había vivido durante algún tiempo y en gran secreto en la metrópoli francesa bajo el nombre de Germán Vernet, y había salido de ella dirigiéndose a El Havre, después de haber tomado pasaje telegraficamente en el trasatlántico *Octavia* del Lloyd alemán, que debía marchar para Nueva York.

Habían transcurrido varios meses, amigos míos, desde el día en que dejamos a nuestro aventurero héroe en la isla de Celebes, convertido en gran almirante y casi rey de la soberanía de Tomini.

Había empleado aquel tiempo en realizar viajes misteriosos con su torpedero acompañado de los barcos de carga, visitando las islas más desiertas de los mares indios y del Océano Pacífico.

De cuando en cuando los periódicos europeos y las compañías marítimas habían recibido de aquellas comarcas, du-

rante aquel periodo de tiempo, vagas noticias de barcos sorprendidos y saqueados en plena noche, en alta mar, por un barco muy veloz, pintado de negro, sin luces y sin bandera conocida, armado perfectamente y tripulado por gente espantosa, como demonios: una especie de buque fantasma moderno.

Los más habían acogido aquellas noticias con cierta reserva, atribuyéndolas en parte a las fantásticas exageraciones de los periódicos, tan expertos en el arte de engañar a la gente.

Si hemos de prestar fe a estas crónicas terroríficas, habrá que suponer que Radolfo de Barenval había transformado realmente su torpedero en un terrible barco de presa, justificando por completo el título que el anónimo escritor al cual debemos este relato, creyó oportuno poner en el encabezamiento de su manuscrito, que nosotros hemos conservado.

De pronto habían cesado aquellas noticias terroríficas para los pobres navegantes, hasta el momento en que el agente Chicottry acababa de conocer, por boca de Sudharah, la existencia del terrible capitán del *Torpedero de presa*, y lo que es mejor todavía, su llegada a El Havre.

¡Verdaderamente el excelente policía había tenido mucha suerte!... Ahí es nada, poder capturar al hombre que se había escapado de un modo tan fabuloso de Nueva Caledonia, provocando la posibilidad de un conflicto internacional y que constituía la pesadilla de los que recorrían los mares orientales. ¡Qué demonios, no era esto cosa de todos los días!

Chicottry volvió, pues, al gabinete en una alegre disposición de ánimo y dijo al malayo:

—Todo está dispuesto y dentro de pocos minutos podremos marcharnos; nos acompañarán cuatro guardias y un comisario.

—Estoy a sus órdenes.

—¿Cree que estará a bordo?

—Así lo espero.

—¿A qué hora sale el *Octavia*?

—A las seis.

—Son las dos y media; tenemos por lo tanto tiempo para registrar el barco...

—Sí.

—¿Sospecha algo?

—¿Quién? ¿Barenval? Supongo que no.

—Suponer, suponer es poco; en estas cuestiones es siempre mejor estar seguros. Vámonos...

Los dos hombres salieron, dirigiéndose al embarcadero del *Octavia*, seguidos a corta distancia de los demás polizontes vestidos de paisano.

El comisario, Chicottry, Sudharah y dos agentes subieron a bordo en seguida, mientras los otros se quedaban junto a la pasadera, uno a cada lado, cual dos postes.

Muchos pasajeros habían embarcado ya y llenaban los puentes.

El comisario se presentó al capitán y se dió a conocer.

—Estoy a su disposición —dijo el capitán alemán—. ¿Qué desea?

—Comprobar la lista de los pasajeros de camarote.
 —Al instante.
 —Trajeron en seguida la lista.
 El comisario se detuvo al llegar al nombre de Germán Vernet.
 —¿Está ya este pasajero a bordo? —preguntó,
 —Se puede ver, repasando los billetes recogidos.
 —Busca que te busca, y el billete a nombre de Germán Vernet no fué encontrado.
 —Lo siento —dijo el comandante en actitud de quien desea disculparse.
 —No importa —replicó el comisario— esperaremos; le encargo el más absoluto secreto mientras, con su permiso, registramos el barco.
 —Hagan lo que gusten...
 Todo el barco fué recorrido, desde las bodegas a los puentes más altos, sin hallar la sombra siquiera de Vernet o de Barenval.
 Dieron las seis, y nada.
 El capitán del *Octavia*, con extrema amabilidad, consintió en retrasar una hora la salida: fué en vano.
 Sudharah estaba furioso, y con los dientes apretados blasfemaba contra todos los dioses de su paraíso, mientras Chicottry, un poco alejado, se mordía la uña del índice izquierdo, señal en él de gran malhumor.
 A las siete, el comisario de policía, decidióse a partir.
 —Perdone —le preguntó el capitán alemán despidiéndose— ¿era una gran presa para usted ese Germán Vernet?
 —¿Si lo era? ¿Recuerda la famosa evasión que tuvo lugar en Nueva Caledonia hace seis meses?... de la que hablaron todos los periódicos de Europa.
 —¿Cómo? ¿Se trata del robo del torpedero inglés?
 —Precisamente.
 —Entonces Germán Vernet, ¿a quien buscáis, es...?
 —El capitán Rodolfo de Barenval, el audaz...
 Una viva exclamación, salida de detrás de ellos, interrumpió el diálogo.
 El comisario de policía y el capitán del *Ottavia*, se volvieron.
 Un señor anciano, alto, delgado, de tipo inglés, vestido de negro, estaba delante de ellos.
 —Perdonadme, señores —les dijo con voz emocionada— hablan ustedes tan alto que forzosamente he tenido que oír sus palabras. Usted, señor comisario, ha nombrado a un tal Rodolfo de Barenval...
 —Sí, señor, Rodolfo de Barenval, que esperaba detener aquí bajo el nombre de Germán Vernet...
 El desconocido se puso pálido.
 —¿Es esto verdad? —prosiguió.
 —Claro que sí.
 —¿No cree equivocarse; no es ello un error de personas?
 —No. Aquel hombre —y el comisario señaló hacia Sudharah— afirma haberle visto.
 —¿Dónde?
 —En París, hace dos días, y dice que había tomado pasaje en este barco...
 El anciano estuvo un rato pensativo.
 —Pero si se decía —replicó titubeando— que Rodolfo de Barenval había muerto en el naufragio del torpedero...
 —¡Mentira —interrumpió con violencia Sudharah— mental... Yo he visto el torpedero sano y salvo; yo sé que Rodolfo de Barenval vive, que está en Francia; y si no está escondido en el barco, está todavía en París, adonde ha ido por algún motivo secreto que no he logrado adivinar. Pero que está allí, lo juro por el odio inextinguible que hacia él siento, por él, a quien quisiera estrangular con mis propias manos...
 El malayo, al exaltarse, habíase puesto horriblemente trágico; se adivinaba la verdad en su acento, en sus palabras de ira, en su furibundo gesticular.
 Un gran silencio reinaba en torno de ellos, entre la mu-

chedumbre muda de sorpresa y algo asustada ante aquella inesperada escena.

De pronto el anciano desconocido se golpeó la frente con la mano derecha y se puso cadavérico.

—¡Ah! ¡Ya lo comprendo! —gritó, cogiendo por un brazo al comisario de policía y arrastrándolo fuera del barco— Maud..., Maud Campbell... ¡ha venido en su busca! ¡Ah, es horrible! ¡Pronto, venga, pronto!

En un momento el comisario, el desconocido, Chicottry, Sudharah y los guardias se encontraron en tierra, mientras el trasatlántico, dando la señal de partida, se puso en movimiento.

El comisario, vuelto en sí de su asombro, recobró su rigidez de funcionario, y poniendo delicadamente su mano derecha en el hombro del anciano, preguntóle:

—¿Quién es usted?

El desconocido estremeciéndose, miró a aquellos hombres callados y rígidos, y con voz temblorosa dijo:

—Soy el ex almirante Wilson que mandaba la escuadra inglesa del Océano Pacífico cuando en Numea fué robado el torpedero perteneciente a mi división. Por aquella tremenda desgracia fui separado del servicio, pasando a la reserva. Ahora que ya saben quien soy, siganme; se trata de impedir un nuevo y más infame crimen. ¡A París, en seguida! ¡Dios haga que lleguemos a tiempo!

Todos se pusieron rápidamente en marcha.

Desde el puente del *Octavia* ya lejano, los pasajeros, todavía asombrados, les seguían observando.

II

La casa del número 73.—Germán Vernet.—Visita misteriosa de un marinero inglés.—Recuerdos dolorosos.—Una carta mágica.—Aparición de un ángel y consiguiendo estupor del marinero.—Un diálogo que puede ser interesante.—Lágrimas de alegría.

En un piso de la casa señalada con el número 73 de la calle de Petits-Champs de Pont, dos meses antes de los últimos acontecimientos, había ido a vivir una reducida familia, compuesta de un hombre de cierta edad, una joven que, según los vecinos, era de gran belleza, y una robusta mujer del pueblo.

Probablemente se trataba de padre, hija y sirvienta.

El padre era el tipo del funcionario jubilado, de unos cincuenta años, de aspecto serio, suavizado por suave dulzura, que daba a su rostro, a sus actos y a toda su persona un tono de simpática gravedad.

La hija no podemos descubrirla, muy a pesar nuestro, porque salía poco, y sólo al anochecer y cubierta con un velo; de todos modos nos resulta grato prestar fe a cuanto decían los vecinos, y nos basta saber que era bellísima, siendo sabido de todos que este superlativo vale por lo menos tanto como una docena de descripciones.

En cuanto a la sirvienta... ¡Dios Santo!... La pobre mujer se parecía sencillamente a todas las vigorosas campesinas que llegan de sus terrenos a buscar en donde servir en la capital de Francia.

Nadie sabía nada acerca de los dos principales miembros de tan interesante familia, ni siquiera el portero de la casa, lo cual resulta asombroso, cuando se piensa que la clase de porteros es la más estúpida agencia de información para la pública curiosidad.

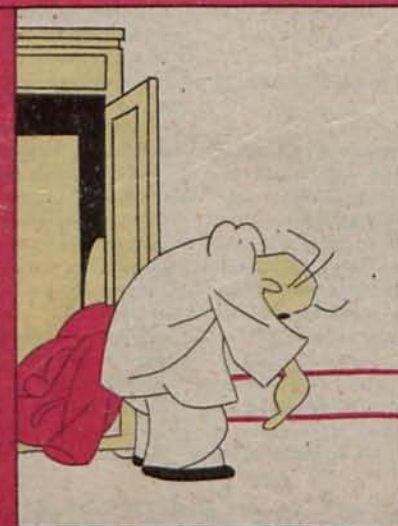
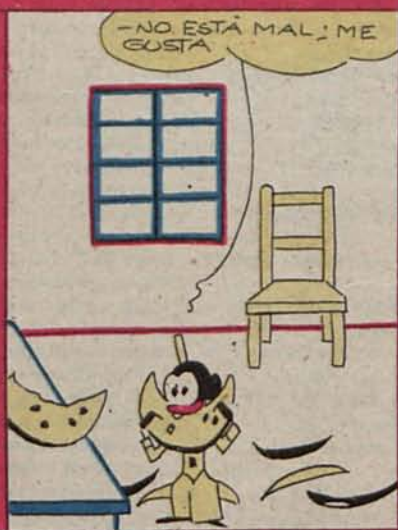
Quizá por estas razones reinaba en aquella casa una paz callada.

Pero un día, dos caballeros que seguramente pasaban por vez primera por la calle de los Petits-Champs, después de haber examinado con atención, uno a uno, los números de las casas, se detuvieron frente al número 73.

(Continuará en el número próximo.)



DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO





POLITO EN LA CIUDAD DE ORO



CUENTOS DE CALLEJA

LA CAJA DE CERILLAS

Cashillo



UÉ frío tan atroz! caía la nieve, y la noche se venía encima; era el día de Nochebuena.

En medio del frío y de la oscuridad, una pobre niña pasó por la calle con la cabeza y los pies desnuditos.

Tenía, es verdad, zapatos cuando salió de su casa, pero no le habían servido mucho tiempo; eran unas zapatillas enormes, que su madre ya había usado, tan grandes, que la niña las perdió al apresurarse a atravesar la calle para que no la pillasen dos carruajes que venían en direcciones opuestas.

La niña caminaba, pues, con sus piecitos desnudos, que estaban rojos y azules de frío; llevaba en su delantal, que era muy viejo, algunas docenas de cajas de fósforos, y tenía en la mano una como muestra.

Era aquel un mal día; ningún comprador se había presentado, y, por consiguiente, la niña no había ganado ni un céntimo.

Tenía mucha hambre y mucho frío y muy mísero aspecto.

Si aquella noche las personas que pasaban por la calle hubieran tenido humor para contemplar a los desvalidos que se codeaban con ellas, la niña habría tenido comida y abrigo; pero sólo se ocupaban en aprovisionarse para celebrar la Nochebuena.

Los copos de nieve se paraban en sus largos cabellos rubios, que le caían en preciosos bucles sobre el cuello; pero no pensaba en sus cabellos. Veía bullir las luces a través de las ventanas; el olor de los asados se exhalaba por doquiera: era el día de Nochebuena, y en esta festividad pensaba la infeliz niña.

Se sentó en una plazoleta, y se acurrucó en un rincón entre dos casas.

El frío se apoderaba de ella y entumecía sus miembros; pero no se atrevía a volver a su casa: ¡volvería con todos sus fósforos y sin una sola moneda!

Sólo pensar en ello la trastornaba, porque veía que aquella noche tan solemne para los cristianos iba a pasarla hambrienta y aterida, porque en su casa no había ni un pedazo de pan ni un trozo de leña.

Entretanto, oía de todas partes los alegres villancicos con que festejaban al Hijo de Dios, y su corazóncito palpitaba de pena al ver que no podía tomar parte en aquellos cánticos porque su debilidad extrema no se lo permitía, y, además, el frío la hacía dar diente con diente.

De vez en cuando pasaba algún caballero con el cuello del gabán subido y las enguantadas manos en los bolsillos; mas pasaba de largo, sin ver a la pobre criatura, medio cubierta por la nieve.

La pobre niña no se atrevía a volver a su casa.

Su madrastra la maltrataría, y además en su casa hacía también mucho frío.

Vivían bajo el tejado, y el viento soplaba al través, aunque las mayores aberturas habían sido tapadas con paja y trapos viejos.

Sus manitas estaban casi yertas de frío. ¡Ah! ¡Cuánto placer le causaría calentarse con una cerillita! ¡Si se atreviese a sacar una sola de la caja, a frotarla contra la pared y a calentarse los dedos!

Sacó una: *rich...* ¡Cómo alumbraba y cómo ardía! Despedía una llama clara y caliente como la de una vela, cuando la rodeó con su mano. ¡Qué luz tan hermosa! Creía la niña que estaba sentada en una gran chimenea de hierro adornada de bolas y cubierta con una capa de latón reluciente. ¡Ardía el fuego allí de un modo tan hermoso! ¡Calentaba tan bien!

Una magnífica sartén puesta a la lumbre despedía ese olorillo apetitoso de la comida a punto, y en su ilusión le parecía a la niña que delicados trozos de jamón salían por sí mismos de aquella cacerola para ir volando a metérsele en la boca.





—¡Qué cosa tan rica!—exclamaba paladeando aquellos sabrosos bocados imaginarios, que en su ilusión creía tener entre los dientes—. Pues, ¿y ese aloncito de pollo tan tierno, que salta delante de mí acompañando a un muslito que va marchando a pie cojuelo? Míralos cómo van sin saber adónde, cuando yo tengo tanta hambre. De fijo van huyendo de mí. Pero aquel turrón me lo como, ¡vaya si me lo como! Y alargando la manecita creyó en su delirio que había cogido un pedazo hermosísimo, que hizo ademán de llevarse a la boca para comerlo.

La ilusión era tan fuerte, que la niña experimentó la sensación de tener en la boca el dulce producto.

—Está riquísimo —exclamaba saboreándole con delicia.

A los cansados ojos de la niña se presentó esta vez un lechoncillo perfectamente asado y con una hoja de lechuga en la boca. Iba hecho trozos, que se separaban fácilmente, y llevaba clavado un tenedor en el lomo, y las especias en el rabo. Miró a la niña con aire compasivo, la saludó con una oreja, le dijo adiós con la cola y desapareció, dejando un perfume delicioso.

La niña, la pobre vendedora de fósforos, hizo un gesto de resignación al ver cómo desaparecía aquella visión tan agradable. Pero todo acaba en el mundo. La niña extendió sus piecitos para calentarlos también; mas la llama se apagó; ya no quedaba a la niña en la mano más que un pedacito de cerilla.

Frotó otra, que ardió y brilló como la primera, y allí donde la luz cayó sobre la pared, se hizo tan transparente como una gasa. La niña creyó ver una habitación en que la mesa estaba cubierta de un blanco mantel resplandeciente, con finas porcelanas, y sobre el cual un pavo asado, relleno de trufas, exhalaba un perfume delicioso.

¡Oh sorpresa! ¡Oh felicidad!

De pronto tuvo la ilusión de que el ave saltaba de su plato sobre el pavimento, con el tenedor y el cuchillo clavados en la pechuga, y rodaba hasta llegar a sus piecitos. Pero la segunda cerilla se apagó, y no vió ante sí más que la pared impenetrable y fría.



Encendió un nuevo fósforo. Creyó entonces verse sentada cerca de un magnífico nacimiento; era más rico y mayor que todos los que había visto en aquellos días al través del escaparate de los más ricos comercios. Mil luces ardían sobre los arbolillos; los pastores y zagalas parecían moverse y sonreír a la niña. Esta, embelesada, levantó entonces las dos manos, y el fósforo se apagó. Todas las luces del nacimiento se elevaron, y comprendió entonces que no eran más que estrellas. Una de ellas pasó trazando una línea de fuego en el cielo.

—Eso quiere decir que alguien ha muerto —pensó la niña, porque su abuelita, que era la única que había sido buena para ella, pero que ya

no existía, la había dicho muchas veces: «Cuando cae una estrella, es que un alma sube hasta el trono de Dios.»

Todavía frotó la niña un fósforo más contra la pared, y creyó ver una gran luz, en medio de la cual estaba su abuelita en pie con un aspecto sublime y radiante.

—Abuelita —gritó la niña—, llévame contigo. Cuando se apague el fósforo sé muy bien que ya no te veré ahí. Desaparecerás como la chimenea de hierro, como el ave asada y como el hermoso nacimiento.

Después se atrevió a frotar el resto de la caja, porque quería conservar la ilusión de que veía a su abuelita, y los fósforos empezaron a dar una claridad vivísima. Jamás la abuela había parecido tan grande ni tan hermosa. Cogió a la niña bajo el brazo, y las dos se elevaron en medio de este brillo hasta un sitio tan elevado, que allí no hace frío, ni se siente hambre, ni tristeza: hasta el trono de Dios. Cuando llegó el nuevo día seguía sentada la niña entre las dos casas, con las mejillas rojas y la sonrisa en los labios..., muerta, muerta de frío en la Nochebuena. El sol iluminó aquel tierno ser sentado allí con las cajas de cerillas, de las cuales una había ardido por completo.

—Ha querido calentarse la pobrecita —dijo uno.

Pero nadie pudo saber las hermosas cosas que había visto, y en medio de qué esplendor había entrado con su anciana abuela en el Reino de los Cielos.

FIN



¿QUÉ PINOCHILTA QUIERE DIBUJAR LAS CARAS DE LOS PERSONAJES DE ESTA HISTORIETA?



¿QUÉ QUIERES SABER HOY?



Dime, curioso Chonón, ¿qué quieres saber hoy?

—Hoy quiero saber, querido buho, de dónde sale toda la arena que hay en la orilla del mar. He estado muchas veces en la playa y me he entretenido mucho con otros chicos haciendo castillos de arena y ríos y puentes. De pronto, venía una ola y nos lo desbarataba todo. Mis amigos veían con pena derrumbarse aquellas construcciones fantásticas, cuando ya casi las teníamos terminadas; pero yo me quedaba siempre mirando a la arena mojada. Veía en ella unos tornasoles de reflejos azulados, rosa, amarillos o verdes; todo esto salpicado de infinidad de puntitos brillantes, como de cristales pequeñísimos, y siempre este espectáculo me sugería la misma pregunta: ¿de dónde saldrá tanta arena? He cogido, a veces, un puñado, y la he observado sobre la palma de la mano, y me ha parecido descubrir que cada granito es de un color distinto y hasta de una composición diferente.

—Has observado muy bien, amigo Chononcito. La arena procede de muchos sitios de composición completamente distinta, aunque todos de naturaleza mineral. La arena es la obra de millones de años. El tiempo ha ido destruyendo, y sigue y seguirá en su labor, enormes moles de piedra arenisca, de cuarzo, de mica, de feldespato, de granito, de toda variedad, en fin, de que está compuesta la tierra.

—Muchos y muchos años harán falta para destruir piedras tan duras como la arenisca y el granito. Tengo entendido que las piedras que usan los afiladores son piedras areniscas, que no se destruyen ni al roce del acero.

—Así es; pero esta piedra, aun siendo tan dura, se pulveriza por la acción del viento, de las heladas y la lluvia. Lo mismo le sucede al granito.

—¿Entonces, la arena no ha sido siempre arena?

—No; ya te he dicho que procede de esa destrucción lenta con que el tiempo va haciendo desaparecer rocas y montañas.

—Y dime, ¿cómo es que se aglomera toda en la orilla del mar?

—No solamente es en las playas donde hay arena. La tienes también en las orillas de los ríos, en los desiertos y otros muchos lugares de la tierra. Lo que ocurre es que el viento remueve grandes cantidades de la arena que hay depositada en los suelos y la traslada de un lado a otro. Grandes nubes de arena, como las que proceden de los desiertos, van a parar al mar, donde el constante movimiento de las aguas las hacen viajar a impulsos de las corrientes marinas; depositándose unas veces en el fondo del océano y acercándose otras a la orilla, donde las olas se encargan de arrojarla a la playa, formando esas capas de arena, en las que tanto os gusta jugar a los chicos.

—¿Entonces, no es arena todo lo que hay en las playas?

—Claro que no; si profundizamos más o menos, encontraremos el verdadero suelo, que es la roca.

—Pues si el mar está arrojando arena constantemente, llegará un momento en que no cabrá tanta arena en la playa.

—No tengas cuidado de que esto suceda, porque la labor destructora del tiempo no termina en la arena.

—¿Qué quieres decirme?

—Que la arena también se destruye. El mar, con su flujo y reflujo, la tiene en constante movimiento, y este arrastre continuado la

va desgastando más cada vez, hasta convertirla en partículas invisibles de polvo.

—¿Y la arena que no está en las playas, también se destruye?

—Los vientos, la lluvia y el sol son también elementos de destrucción, y poco a poco van pulverizándolo todo. Ocurre, a veces, en las orillas del mar, que la cantidad de arena que se deposita es enorme, dando lugar a la formación de verdaderas colinas o dunas; pero tampoco esta arena es eterna, porque no está libre, como te he dicho, de la destructora acción del tiempo.

—También la arena causará estragos, ¿verdad, querido buho?

—Ya lo creo. Recordarás que no hace mucho, al hablarte del desierto, te dije que uno de los mayores peligros que se ofrecían en la travesía de estas inmensas y áridas llanuras eran las tempestades de arena, que enterraban caravanas enteras. Y creo recordar que también te dije que este peligro era tanto más temible cuanto que no había forma de preservarse de él, sobre todo cuando la tempestad sorprendía a los caminantes lejos de algún oasis.

—Ya lo recuerdo; pero mi pregunta se refería a la arena de la orilla del mar.

—Casos se han registrado de desaparecer edificios, praderas y hasta aldeas próximas al mar, bajo el aluvión de arena. En cambio, hay playas en donde no hay arena, y el piso es de cascajo o guijarro.

—¿Pues no me has dicho que el verdadero suelo de la playa era rocoso?

—Es que el cascajo o guijarro forma también una capa como la arena. Si profundizamos encontramos también la roca.

—¿Y de dónde sale tanto guijarro?

—De las piedras que el mar y los ríos arrancan de sus orillas. Estos guijarros irán desgastándose y convirtiéndose, poco a poco, en arena.

—Y luego en polvo, ¿no es eso?

—Así será.

—¿No dirás que soy muy preguntón si te digo ahora que de dónde salen las rocas que dan origen a los guijarros y a la arena?

—Ya sabes que me agrada que me preguntes muchas cosas. Todo mi afán es hacer de ti un muchacho cultísimo. Un verdadero modelo de sabiduría. Esas rocas, que se alzan como enormes fantasmas en las costas, son fruto de los múltiples cambios que ha sufrido la superficie de nuestro globo. Casi todas proceden de grandes masas de minerales y metales que se fundieron en el fuego del centro terrestre, y que, conmociones de fuerza gigantesca, han hecho brotar a la superficie, donde ya expuestas a los efectos de los agentes luz, aire, agua y calor, van desgastándose y, por lo tanto, desfigurándose constantemente.

—¿Y este proceso de desgaste hasta cuándo durará?

—A esta pregunta ya no puedo contestarte, querido Chonón. Mi sabiduría no alcanza a tanto. ¿Quién sabe los siglos que harán falta para destruir todo lo creado?

—Pero nosotros no lo veremos, ¿verdad?

—Puedes dormir tranquilo, que ni tú ni tus tataranietos vivirán lo suficiente para ser testigos del fin de todo lo que existe. Y eso suponiendo que ese fin llegue.

—Más vale así, ¿no te parece?

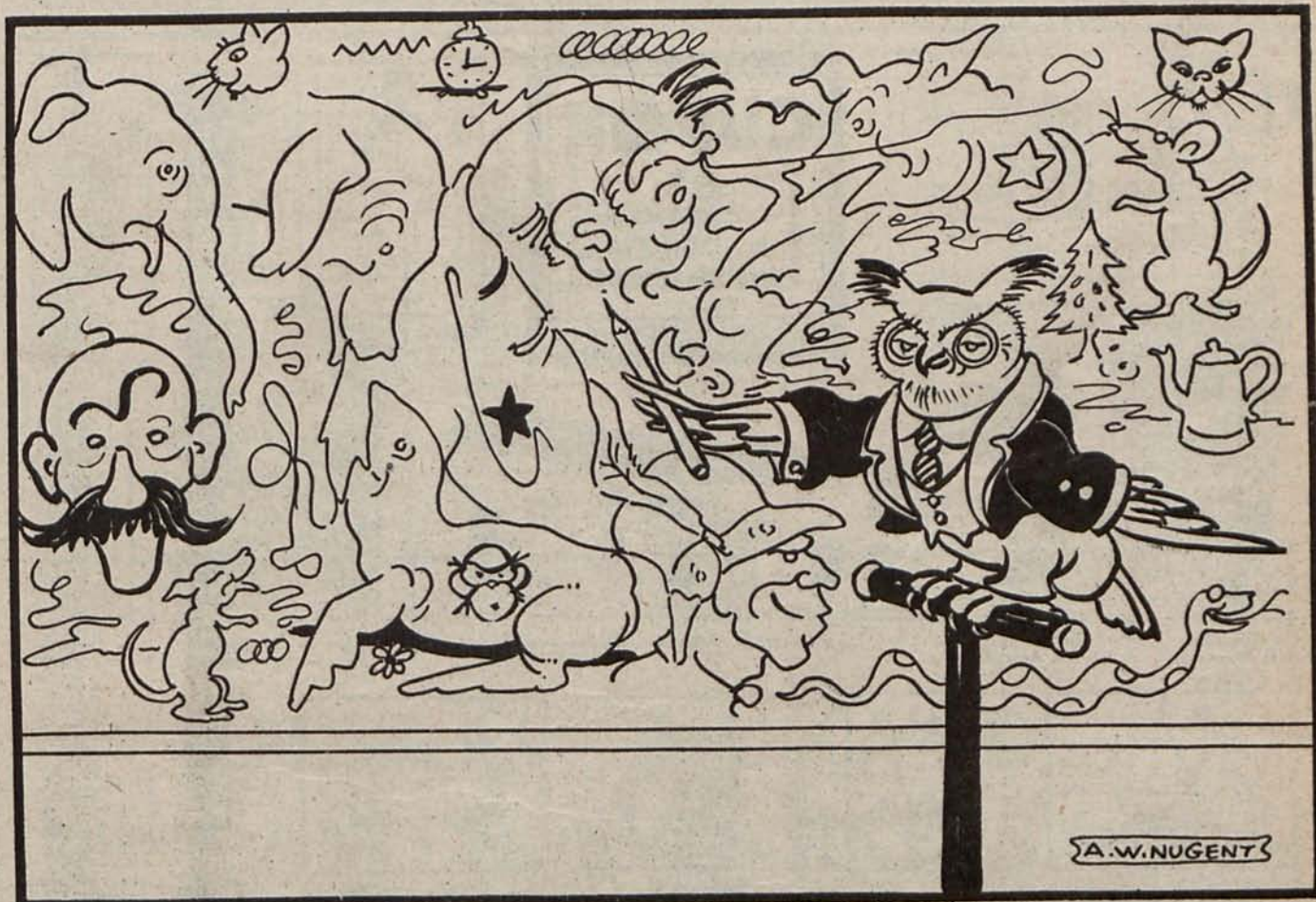
—Así lo creo. Hasta otro día, Chonón.

—Hasta que tú quieras, amigo buho.

CONCURSO DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS DEL MES DE DICIEMBRE

(Pueden tomar parte en este CONCURSO todos los Pinochistas. El Jurado adjudicará los premios y accésits con diploma entre los Pinochistas que nos remitan mayor y mejor número de soluciones.)

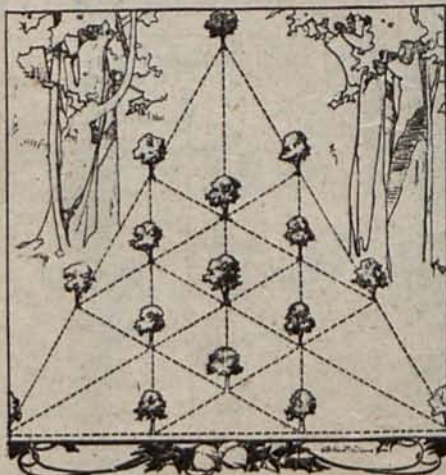
LA LECHUZA DIBUJANTE



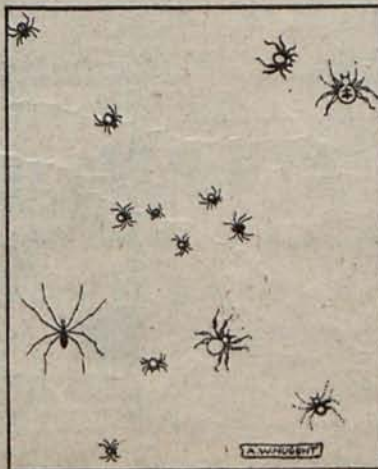
Esta lechuza que aquí veis se presentó el otro día en nuestra Redacción a pedir trabajo. Le dijimos que no queríamos ningún redactor lechuzo, y para demostrarnos lo que sabía hacer se subió en el palo de nuestra amiga Laura, «La cotorra indiscreta», y se puso a dibujar. Dibujó todo lo que veis ahí: una foca, varias cabezas, etc., etc. Ahora bien; lo que yo no veo por ningún lado es un pato que, según dice el dibujante lechuzo, ha dibujado, y aquí estamos todos locos porque no lo encontramos. ¿Nos queréis decir dónde se halla?

LOS OLIVOS

He aquí una plantación de olivos. Como veis, hay 16 olivos, que forman 12 líneas de cuatro olivos cada línea o hilera. Se trata de que vosotros hagáis dos plantaciones que sobre sendos papeles me enviaréis indicándome con puntos los árboles y con líneas las hileras. Una plantación deberá tener 16 árboles, formando 15 hileras de cuatro árboles en cada hilera, y la otra plantación deberá tener 11 árboles y 16 hileras de tres árboles en cada hilera.



ROMPECABEZAS



Catorce arañas hay en este dibujo; pero no creáis que se trata de una familia numerosa, no. Son siete mamás y sus siete hijitas. Como estos animalitos suelen tener malas pulgas vamos a separarlos, no sea que se peleen. Bastará trazar tres líneas en determinada dirección, y quedarán separadas en siete grupos, o sea cada arañita con su mamá.

COLABORACIÓN PINOCHISTA

DEL MES DE DICIEMBRE

Todos los Pinochistas pueden enviarnos dibujos e historietas para publicarlos en esta sección; pero es condición indispensable que cada trabajo venga acompañado de su cupón correspondiente. Todos los meses se conceden importantes premios a los mejores trabajos publicados.



Pinocho, tenor.
JOSÉ B. RAMÍREZ.



Pinocho, navegante.
VICTOR JOSÉ GIL.



Eugenia Pereira, por
MERCEDES REY.



Paco Morton-
guis.
E. RODRÍGUEZ.



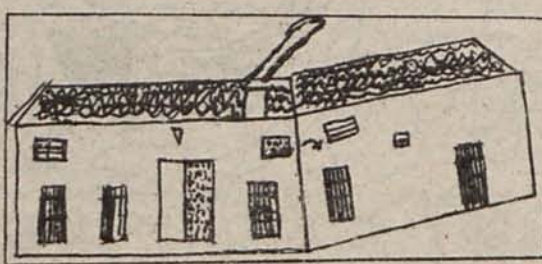
¡Alto, Pinochistas!
JOSÉ MARTÍN.



Un explorador.
JOSÉ L. FERNÁNDEZ.



Travieso, por
R. ARELLANO.



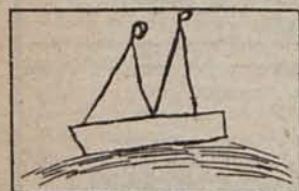
La casa de mi abuelo en San Clemente.
JOSÉ M. MARTÍNEZ.



La radio de mi papá.
CARLOS ZAMORA.



Lucio.
ODETTE LEPINE.



Mi barco.
ANGEL MORETA.



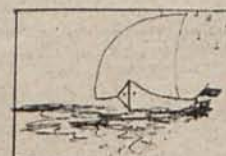
Un chinichito.
N. C.



De compras.
J. GALÁN.



Pinocho y Chapete, batiéndose.
CÉSAR F. LUENGO.



Barca pesquera.
A. ORTIZ.



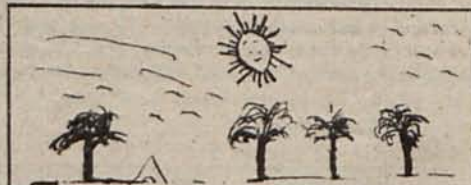
El cabo y el soldado.
V. PEDRERA.



Mi perro.
MERCEDES G. BALMORI.



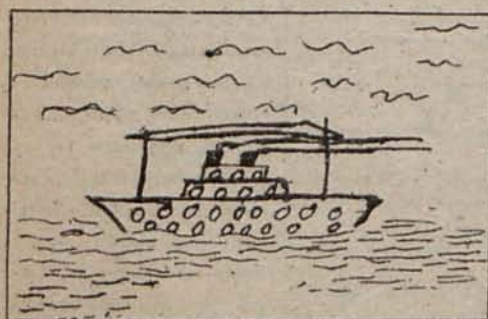
¿Estará el arca llena?
SANTIAGO DE LOS SANTOS.



El desierto de Sahara.
J. MIGUEL Y GISPERT.



Una flor.
ANGEL MORETA.



Un barco.
F. CHAVARRI.



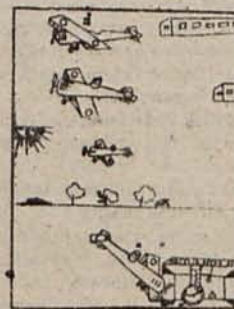
—Me ha encargado don Homobono para cobrar lo que le debe usted.
—Pues le ha salido un empleo permanente.
CARLOS FRÍAS.



Un Kiriki.
M. R.



Mi negrita de lana.
ELENA MATA.



Historia de un aviador que acabó en la luna... de un escaparate
NICOLÁS MENÉNDEZ.



Anita.
JOSÉ RAMÍ-
REZ.



Caperucita roja y el lobo.
AURORITA CARRASCO.



El gato Periquito.
S. PERNÁN.



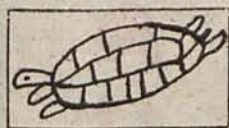
El pollo fruta Polito.
A. FERNÁNDEZ.



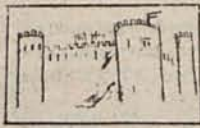
Primer premio del concurso
de belleza.
SANTIAGO DE LOS SANTOS.



Marronguis.
FRANCISCO D'HIBER.



Una tortuga.
CÉSAR F. LUENGO.



Un castillo.
S. DE LOS S.



El auto de Pinocho y sus compañeros.
ALEJANDRO CALVO.



Un paisaje.
RAFAEL SERRANO.



Retrato.
AGUSTÍN GIRER.



Currinche.
LOLITA F.



Currinche le coloca un chiste a Pi-
nocho.
JOAQUÍN REQUENA.



Loriga, en el desierto.
F. LETAMENDÍA.



Paquito Marronguis.
A. FERNÁNDEZ.



Dibujo lineal.
S. VILALLONGA.

NAVIDAD AÑO NUEVO-REYES

EL MEJOR REGALO ES SIEMPRE EL LIBRO

PEDID **GRATIS** SUS CATÁLOGOS A LA

EDITORIAL SATURNINO CALLEJA, S. A.

CALLE DE VALENCIA, 28, MADRID,

Y HALLARÉIS LISTA DE LOS FAMOSÍ-
MOS E INCOMPARABLES

CUENTOS DE CALLEJA

Y MILES DE LIBROS MÁS,
INTERESANTES, ÚTILES Y AMENOS

SECCIÓN PIRULA

**CHARLAS DE PI-
RULA... BORDA-
DORA Y MO-
DISTA**

*Marichu quiere ser ji-
rafa.*

Quisiera ser tan alta como la
[luna,
jay!, jay!,
como la luna, como la luna.



Así canta Marichu jugando al corro con sus amiguitas. Pero casi, casi, lo que canta lo piensa de veras. En efecto, ser alta, muy alta —aun cuando fuese algo menos que la «luna»— es toda la ambición de Marichu.

Le pasa un poco lo que a aquel niño a quien le preguntaron un día: «Y tú, cuando seas mayor, ¿qué quieres ser?», y contestó muy decidido: «Yo quiero ser gigante para salir en las barracas de las verbenas». Y siguió empeñado en ser gigante hasta que un señor le dijo: «¡Pero si tú ya eres un gigante, hombre! Ahora que eres el gigante más pequeño del mundo.» Con lo cual se quedó conforme y encantado.

Marichu no pretende ser una gigante nunca ni la obsesiona el deseo de exhibirse en las barracas. Pero unas pulgadas más sí que le hubiera gustado tener.

(¿Necesito recordar que una pulgada es una medida que equivale a la duodécima parte de un pie y no, como pudiera parecerle, una pulga muy gorda?)

Es que Marichu es menudita, como es finita y rubita, y a ella le entusiasman las niñas grandotas, anchotas y morenadas, a las cuales envidia con toda su alma.

Hace mal; primero, porque no se debe envidiar a nadie y hay que saberse conformar cada cual con su suerte (¿caso me quejo yo y no paso de ser una muñequita de cartón?) y, además, porque lo mismo se puede ser buena, inteligente, simpática y dichosa siendo rubia que morena, gorda que flaca, baja que alta.

Aparte de esta manía de crecer, Marichu es un encanto de criatura, y, por otra parte, su manía es inofensiva y hasta resulta beneficiosa, pues para lograr su propósito Marichu se traga concienzudamente cada día varios platos llenos de sopa, que, como todos sabemos, es el manjar más propio para hacer crecer a los niños.

Un día Marichu jugaba con unos amiguitos a contestar a la siguiente pregunta: «Si te encontraras una hada que te regalara un talismán que te permitiera transformarte a voluntad en un animal, ¿cuál elegirías y por qué?»

Periquín contestó sin vacilar: «En león, para ser más fuerte que nadie y poder con todo el mundo».

Pedrote, el muy tragón, declaró: «Yo en ballena, que tiene la boca muy grande y debe de poder comer mucho a la vez sin que la regañen».

Hubo que explicarle que a la ballena de nada le sirve ser gigantesca y tener una boca fenomenal, puesto que tiene una garganta tan estrecha que apenas pasan por ella los más menudos pececillos.

La dulce Carmina declaró: «Yo quisiera ser un perrito lulú para ser muy mimada».

Y la sentimental Charito: «Y yo abeja, para alimentarme de flores».

Cuando le llegó el turno a Marichu, no vaciló: «Ojalá —dijo— me convirtiera en jirafa, para ser muy alta».

Todo el mundo se echó a reír; la idea de Marichu, tan rempina, transformada en jirafa, no era para menos. ¡Si que es una preciosidad ese animalito, con su cuello tan larguirucho y su cabeza tan chiquirritinal!

Y, sin embargo, a veces la jirafa puede resultar graciosa; y es cuando constituye un motivo de bordado tan original como el que figura en esta página, y que es propio para reproducir fácilmente a punto de cruz.

Ved; dos jirafas juntan sus cabecitas, mientras que sus respectivas colas van a reunirse con las de otras dos jirafas, y de este modo forman una franja, bordada en blanco, alrededor del vestido de lanilla azul marino de Carmina, la mimosa Carmina, que quería ser lulú..., al cual, con su cabello ya de por sí tan rizado, había de serle relativamente fácil parecerse.

Para adornar el vestido de crespón marocain color ladrillo de la poética Charito —la que ambicionaba sustituir los filetes y los huevos por pétalos de rosas o de camelias— dispondremos las jirafas de otro modo: aisladas y alternadas, dentro de unos anchos cuadritos, también bordados a punto de cruz.

¿Y Marichu? No, a Marichu no le bordaremos jirafas, para no recordarle demasiado la distancia que media entre su estatura y la de ellas.

En cambio, he creado para ella —y para vosotras también, naturalmente— un abrigo de invierno encantador, tan sencillo, confortable y práctico como elegante.

Este abrigo se hace en un tejido de lana mullida de dos caras, una lisa y la otra escocesa.

Se hace con la parte escocesa hacia afuera; la parte lisa aparece formando las vueltas y las bocamangas.

Lisa también es la parte inferior, cuya pegadura es de notar, así como también los dos cortes en forma de ángulos, a través de los cuales aparecen los cuadros escoceses.

